

esperar el día del eterno triunfo reclinada en el seno de los misteriosos goces de la pobreza y obediencia.

CAPÍTULO XXIV.

De la gran pobreza en que vivió la amada santa Isabel; y como se redobló su humildad, y también su misericordia para con los hombres.

Manum suam misit ad fortia, et digiti eius apprehenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem.

(Prov. xxxi, 19, 20).

Amen dico vobis, quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.

(Matth. xxv, 40).

Elegi abiectus esse.

(Psalm. lxxxiii, 2).

Sola ya con Dios Isabel ¹, quiso hacer tan real y completa, como le fuera posible, la pobreza voluntaria que habia abrazado, y que en su modo de vivir todo estuviera en armonía con la casita de tablas y tierra

¹ Paupercula Elisabeth sola Deo soli derelicta. (Theod.).

que eligiera para vivienda. Todas las rentas de aquellos bienes, cuya propiedad nominal conservaba por expreso mandato de Conrado, las dedicó sin exceptuar cosa alguna al socorro y alivio de los pobres; y no habiendo podido reducir á su confesor á que le permitiera mendigar el pan de puerta en puerta, quiso á lo menos ganarlo con el trabajo de sus manos. Como no sabia otra labor que hilar, y aun esto habia de ser lana, pues lino no podia, hacia que le mandasen del monasterio de Altenberg la lana en rama, que ella devolvía hilada á las monjas; y éstas le pagaban su trabajo en dinero, no siempre á la verdad con la equidad conveniente, mientras que Isabel por su parte cumplía con exactitud muy escrupulosa. Estando un día hilando una porcion de lana á cuenta del dinero que las monjas le habian adelantado, y no pudiendo concluir la tarea por haberla llamado Conrado para ir con él desde Marbourg á Eisenach, devolvió al convento un poco de lana que le faltaba por hilar y un dinero de Colonia encima, temerosa de que le acusaran de haber ganado mas de lo justo por su trabajo; al cual por otra parte se entregaba con tal ardor, que aun cuando

su debilidad y frecuentes achaques la obligaban á meterse en cama, ni aun allí cesaba de hilar. Sus compañeras le arrancaban de las manos la rueca á fin de que tuviera cuenta con la salud ; mas entonces , para no estarse del todo ociosa, limpiaba y preparaba la lana para la próxima vez. Del exíguo producto de estas labores siempre apartaba algo para la Iglesia ; y con el resto atendía á su pobre alimento, grosero é insípido cuanto no cabe ponderar ; pues cuando por acaso recibía de regalo algun bocado sabroso y delicado, se apresuraba á llevarlo á los pobres sin tocar en él ni una migaja. Sin embargo, tomando muy en cuenta los consejos de la prudencia sobre este punto, cuidaba de consultar con el médico los límites necesarios de la abstinencia, para no exponerse á contraer, exagerándola, enfermedades que la hicieran responsable de temeraria y grave indiscrecion ; además de que, sus padecimientos físicos la aquejaban muy á menudo. Era su ordinario alimento legumbres comunes cocidas con agua pura y sin sal , preparadas por ella misma de cualquier modo ; y mientras estas faenas de su escaso menester la

ocupaban, no por eso cesaba de levantar el alma y aun los ojos del cuerpo hácia Dios, orando y meditando ; sucediendo muchas veces el que, cuando se quedaba sola junta al fogon donde se cocía su modesta comida , ó cuando se arrimaba á él para calentarse , de tal modo estaba absorta en la contemplacion, que las chispas saltaban á sus ropas, y éstas ardian sin que ella se apercibiera de ello, no obstante ser el humo de la tela quemada tan denso que sofocaba á las compañeras cuando, al entrar allí, la encontraban en aquel estado.

Corría parejas el vestido con el alimento en lo pobre y miserable ; pues consistía en una basquiña de paño burdo sin teñir, de la clase que usaban solamente los campesinos y los pobres , toda hecha jirones , en especial las mangas, y remendada con pedazos de distintos colores, ceñida á la cintura con una cuerda muy gruesa : de la misma tela era el manto ; y como le estuviese algo corto, le añadió un pegadizo de una tela de color diferente. Para todos estos remiendos de quemaduras y desgarrones allegaba cuantos trapos topaba por doquiera y de cualquier color que fuesen ; y los remiendos los hacia ella misma aunque

sabia muy poco de coser ¹. Ningun empacho tenia en presentarse en la calle ataviada tan ridiculamente; y esto, al paso que confirmaba mas y mas en su opinion á las gentes que la tenian y trataban de loca, hacia que las almas piadosas vieran en ella una segunda santa Clara. Ni aun estas vestiduras tan groseras y miserables quedaban al abrigo de los arrebatos de la caridad, pues muchas veces las daba Isabel á los pobres, quedándose ella apenas con lo necesario para cubrirse; tanto que en los grandes frios de invierno se veia obligada á pasar el dia junto al fuego ó metida en cama entre dos colchones, aunque sin taparse con ellos; y entonces decia: «De esta postura estaré yo en el ataúd.» Y este nuevo padecimiento se convertia para ella en una nueva alegría.

En nada perjudicaban todas estas tribulaciones á la amenidad de su carácter, ni á la afabilidad y bondad extrema con que

¹ Panniculos viles et abiectos cuiusque coloris et undecumque collectos... Propriis manibus, ut poterat, iacturam incendii laris coquinae restaurabat, etc. (*Theod.*). — Confirmado con el testimonio de Fr. Gerardo, provincial de Franciscanos, que vió á la Santa muchas veces, y declaró sobre todos estos particulares. (*Wadding.*).

siempre se habia distinguido. Ya desde la niñez habia preferido á toda otra compañía el trato y comunicacion con los pobres y los humildes; y ahora en su piadoso retiro, no solamente á las que habian querido ser sus compañeras en el nuevo orden de vida, sino á las mismas criadas que Conrado le señalara, trataba con dulce y tierna cordialidad; no permitiendo á ninguna, por humilde que fuera su calidad, el darle tratamiento, ni llamarla de otra manera que por el simple nombre de pila, *Isabel* á secas, y tuteándola como á igual ó inferior. Ponia gran diligencia en servir á sus compañeras y criadas en vez de dejarse servir por ellas; y aquella hija de reyes tenia especial gusto en lavar y fregar la vajilla y utensilios de cocina, acudiendo á la traza de alejar á las criadas con pretexto de algun recado fuera de casa, para poder relevarlas y hacer en vez de ellas esta humildísima labor, servil á los ojos de los hombres, pero ennoblecida á los de Dios por el espíritu de humildad sublime con que era practicada. Al volver las criadas, cumplido el encargo, hallaban sus humildes labores ya hechas por mano de la noble Princesa, la cual no contenta con esto y con ayudarlas á gui-

sar, las hacia sentarse con ella á la mesa, y muchas veces tambien comer en su propio plato. Una de ellas, por nombre Irmengarda, testigo de todos estos pormenores ante los jueces eclesiásticos del proceso de canonizacion, confundida de tanta humildad por parte de una princesa, poco ha tan poderosa, le dijo cierto dia: «En verdad, señora, que «allegais grandes méritos con lo que haceis «con todas nosotras; pero temed que nos «llenemos de orgullo obligándonos vos á «comer y sentarnos á vuestro lado.—¡Oh! «pues de ese modo, repuso la Duquesa, «ahora mismo voy á sentarte en mi regazo.» Y diciendo y haciendo, la tomó en sus brazos y la colocó sobre sus rodillas.

Su paciencia y caridad eran á toda prueba: nada era capaz de irritarla ni arrancarla una señal de descontento. En sus frecuentes y largas pláticas con las compañeras rebosaba una dulzura celestial y cordial alegría, que era de gran provecho espiritual para las que la escuchaban; mas no podia sufrir que en su presencia hubiera propósitos vanos y ligeros, ni coléricos é impacientes, pues al punto interrumpia el discurso, diciendo: «Y bien! ¿dónde está ahora el Señor?» y á la que habia incur-

rido en la falta la reprendia con una autenticidad dulce y graciosa.

En medio de esta vida, tan dura y humillante al parecer, pero tan gloriosa á los ojos de Dios y tan fecunda en goces inefables para quien se habia entregado á él toda entera, Isabel no podia echar en olvido que, despues del cuidado de la propia salvacion, el primero y único negocio de la vida terrestre era el alivio y consuelo de sus hermanos afligidos y pobres. La que con todo habia roto y todo lo habia sacrificado por hallar con mas seguridad á Jesus en el cielo, mal podia despreciar á sus miembros pacientes desparramados sobre la tierra: no contenta con haber abandonado á los pobres el goce exclusivo de su patrimonio sin reservar para sí ni aun lo mas preciso de la vida, lo cual obligó á Conrado á poner un freno á tamaña prodigalidad, queria ahora tambien, como en sus tiernos años, asociarse en todo á los males de los desdichados, curándoles con sus propias manos las llagas del cuerpo así como las del alma. Su primer pensamiento, no bien se instaló en Marbourg, fue el de establecer un hospital, consagrándolo á la memoria de san Francisco de Asis, segun se lo

insinuara el papa Gregorio IX. Este Pontífice, que acababa de canonizar al hombre seráfico, creyó que con motivo de la traslación del cuerpo del Santo, estaba en el caso de enviar á su régia é intrépida imitadora un presente mas precioso todavía que aquel pobre manto por ella recibido en otro tiempo con tales muestras de gratitud y reconocimiento: esta vez consistia el regalo en algunas gotas de sangre de la que brotó del costado del Santo cuando la impresion de las divinas llagas. Isabel recibió el presente con el mismo espíritu que animaba á aquel que se lo dirigia, esto es, cual nueva prenda de su alianza y afecto hácia el hombre singular que no tuvo igual hasta entonces en imitar al Salvador del mundo; y creyó que de ninguna manera mas adecuada podia honrar aquella reliquia santa, que colocándola en el asilo de las miserias humanas, en cuyo obsequio y alivio iba ella á consagrarse para todo el resto de su vida. Acabado el hospital y colocado en él el mayor número posible de pobres, era visitado diariamente por nuestra Santa acompañada de sus dos fieles amigas y hermanas de habito, Guta é Isentru-dis: allí pasaba Isabel largas horas cuidan-

do los enfermos, curándoles las llagas, administrándoles las medicinas, consolándoles sobre todo con afectuosas exhortaciones, adaptadas á la clase de mal de cada uno y á su particular estado espiritual. En estos ejercicios de misericordia, no tanto parecia obedecer al caritativo instinto de su alma y á la imperiosa inclinacion de aliviar los males ajenos, cuanto emplearlos y servirse de ellos á modo de supremo instrumento para inmolar aquella carne, ya tantas veces por ella vencida, y transformarlos en mortificaciones y austeridades de un género nuevo y temible; siendo difícil conocer si en aquel corazon predominaba el amor del prójimo, ó mas bien el odio á aquel cuerpo de pecado, única cosa que la separaba aun de su divino Salvador. Era, pues, además de consoladora, criada de los pobres enfermos; no hallando en este servicio cosa que se le resistiera por dura, vil y repugnante que fuese, porque en cada uno de aquellos seres veía una imagen viva del Esposo celestial de su alma. Aquellos enfermos que mayor disgusto, repugnancia y asco causaban á los demás, eran al punto objeto de su solicitud y ternura; los que de sus régias y delicadas manos re-

cibian los servicios mas difíciles de prestar por lo repugnantes; los que ella acariciaba con dulce familiaridad, besándoles las úlceras y llagas henchidas de hediondez. No habia ejemplo de semejante triunfo sobre todas las antipatías de los sentidos, ni de tan maravillosa union entre el ardor y la perseverancia en la práctica del mas humilde espíritu de sacrificio por amor del prójimo. Asombro y estupor causaba el espectáculo de semejante vida, espontáneamente escogida por una hija de rey, jóven de veinte y dos años, que dejaba atrás los ejemplos registrados en las historias mismas de los Santos: mas el Espíritu de lo alto habia infundido en ella con toda su energía la santa violencia á que está prometido el cielo¹.

Poco á propósito eran estas prácticas para granjearle el aplauso y simpatías de to-

¹ Circa horridos et foetidos et omnibus abominatos miseros inaudita à saeculis et stupenda ferebatur Sancti Spiritus vehementia, et incredibili et miranda commanendi, contractandi, procurandi-que studiosissima diligentia... Nulla scriptura loquitur sanctorum quemquam tanta sedulitate tantaque familiaritate sordidissimorum infirmorum immunditias obsequiosis manibus contractasse, etc. (Theod.).

do el mundo ó del comun de las gentes; y aun entre las personas piadosas hubo muchas que las calificaron de exageradas, mas sin que todas estas opiniones humanas la hicieran retroceder un punto en sus propósitos, acostumbrada como estaba á vencerse en todo á sí misma. De camino para la iglesia, encontró cierto día á un pobre mendigo; lo llevó consigo á casa, y quiso lavarle los piés y las manos: pero sintió esta vez tal repugnancia y disgusto, que no pudo menos de estremecerse; hasta que luego, para vencerse, dijo para sí: «¡Ah, pícaro estómago mio! no te gusta «esto, siendo una bebida tan santa!» Y á continuacion bebió del agua de aquel lavatorio, y añadió: «Señor mio, que clavado en la cruz bebisteis por mí hiel y vinagre, no soy yo digna de tal bebida: dadme vuestra gracia para ser mejor de «lo que soy.»

Los leprosos, objeto general de horror por lo fácil de contagiarse con su asquerosa dolencia, eran por esta razon misma los predilectos de Isabel, y los que ella cuidaba con mayor esmero, lavándolos con sus propias manos, y haciendo pedazos, cuando otra cosa no habia, cortinas y telas pre-

ciosas para enjugarlos y abrugarlos cuando salian del baño; disponiéndoles las camas y acostándolos en ellas, tapándolos muy bien para que descansaran: «¡Cuán felices «somos, decia en una ocasion á sus compañeras, en poder lavar y vestir de esta manera á Nuestro Señor!» Y una de ellas contestó: «Podrá ser que á vos os vaya «bien con esta clase de gentes; pero dudo «que á los demás les suceda lo mismo.» Conrado tambien calificó de imprudentes y contrarios á la prudencia de la caridad cristiana tales arrebatos de celo; y así fue que le prohibió expresamente el tocar y besar las llagas de los leprosos y demás enfermos, por el peligro que corria de contraer aquellos terribles males; precaucion que no prdujo el efecto apetecido, pues Isabel cayó gravemente enferma en fuerza del sentimiento que le causó el verse contrariada en sus deseos, por motivo de esta prohibicion de su confesor.

Toda esta compasion, todos estos beneficios, no se limitaban precisamente á los males del cuerpo; la ardorosa discípula de Cristo nunca perdía de vista la salud de las almas y los remedios espirituales; para lo cual acompañaba aquellos tiernos cuidados

con repetidas y piadosas exhortaciones; cuidaba de que se administrara el Bautismo lo mas pronto posible á los niños de los pobres; que los enfermos pidieran y recibiesen los Sacramentos, no solo en la última hora, sino luego de entrados en el hospital. No siempre sus palabras, realizadas con el poderío del ejemplo, dejaban de encontrar resistencia en unas almas exasperadas por la desgracia ó caídas en la tibieza por el desuso de los remedios y socorros de la Iglesia; pero en estos casos sabia unir á su habitual dulzura una firme energía y fuerza de carácter. Un dia, entre muchos, se presentó un ciego, pidiendo ser admitido en el hospital por hallarse enfermo. Justamente á la sazón se hallaba Isabel á la puerta del establecimiento, hablando con el maestro Conrado, y consintió muy alegre en admitir al ciego, con la condicion de que habia de principiár la curacion por los males del alma, mediante la confesion. Irritado el ciego por el mal que sufría y la exhortacion que le hacian, para él tan fuera de punto, rompió en votos y blasfemias, y habló del Sacramento en términos irreverentes, tratando la confesion de práctica supersticiosa. Indignada la San-

ta volvió á la carga con tal vehemencia, que el ciego, súbitamente contrito cayó de rodillas é hizo en aquel mismo instante su confesion con Conrado.

Las paredes de aquel hospital, residencia favorita de la Santa, no tenían sin embargo aprisionada su caridad y reducida á aquel solo recinto; extendiase tambien ésta á las cabañas de todos los pobres de Marbourg, á quienes Isabel, seguida de sus doncellas, visitaba de continuo, llevándoles carne, pan, harina y otras cosas que repartía con su propia mano á aquellos desgraciados, informándose con un interés lleno de ternura acerca de todo lo perteneciente á aquellos míseros albergues, camas y vestidos, para remediar todo lo que hacia falta y ella podía proveer; invirtiendo en estos socorros el producto de todas las alhajas, anillos, velos de seda, y demás adornos mundanos que le habian quedado, y habia hecho vender secretamente. Tambien en estas visitas se entregaba la Santa á aquel ardoroso afan de tributar á los pobres enfermos los servicios mas íntimos y aun adelantarse á sus deseos; como sucedió cuando en un dia de invierno se le antojó á uno de ellos comer pescado; pues no

bien lo entendió Isabel, cuando echó á correr á una fuente cercana, é hizo á su divino Proveedor esta plegaria: «Señor mio «Jesucristo, dignaos hacer de modo que «halle yo aquí un pescado para vuestra pobre enferma.» Y sacando de la fuente un poco de agua, halló en ella un pescado grande, que al punto llevó corriendo á la paciente.

— Cuando en estas benéficas excursiones encontraba algunos pobres especialmente dignos de compasion, ya por su miseria, debilidad ó grandes padecimientos, ya por su devocion ó cristiana paciencia, no contenta con traerlos al hospital, solía traerlos tambien á su casa, dedicarse enteramente á servirlos, y los hacia comer á su lado y en su propia mesa. Á algunas reprehensiones de Conrado sobre este punto, respondió la Santa: «No, amado maestro «mio, no; dejadles conmigo: pensad en mi «vida de otro tiempo pasada en medio de «la vanidad del mundo; es preciso curar «el mal con su contrario; y para ello es «fuerza que yo viva ahora con los humildes y miserables. En esta compañía gano «yo numerosas gracias: dejadme gozar de «ella.»